



El libro secreto de las
brujas

EL LIBRO SECRETO DE LAS BRUJAS: MAGIA, MITO Y SIGNIFICADO

Título original: *Pocket Book of Witches. Myth, Magic & Meaning*

© del texto: UniPress Books Limited, 2025

© de la traducción: Beatriz García Alonso, 2026

© de la edición original: UniPress Books Limited, 2025

© de esta edición: Folioscopio, S. L., 2026

c/ Rosselló, 186, 5.º 4.ª, 08008 Barcelona (España)

www.folioscopio.com

Primera edición: septiembre de 2026

ISBN: 978-84-103802-3-3

Depósito legal: B 4674-2026

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Página 4: La obra *La poción de amor*, de Evelyn de Morgan, creada en 1903, ofrece una visión tardoprerrafaelita de la hechicera. Este movimiento artístico victoriano sentía una especial predilección por las brujas.



El libro secreto de las
brujas

MAGIA, MITO Y SIGNIFICADO

JOEL LEVY

FOLIOSCOPIO



Índice

Introducción 6

Capítulo I

Brujas, hechiceras y mujeres sabias 12

Capítulo II

La historia de la brujería occidental 32

Capítulo III

La práctica de la brujería 52

Capítulo IV

Hechizos y amuletos 72

Capítulo V

La brujería en el mundo 92

Capítulo VI

La brujería moderna 114

Capítulo VII

En busca de las brujas en el arte y la cultura 132

Bibliografía 156

Índice onomástico 158

Fuentes de las ilustraciones 160

Introducción



«Los instrumentos de lo oscuro dicen la verdad»

Macbeth, acto 1, escena 3

Qué es una bruja? Si bien muchos lectores tendrán dibujada en su mente una imagen clara de lo que es una bruja, ya se trate de una anciana enfundada en un vestido negro con un caldero y un gato, de una joven estudiante de una escuela de magia agitando una varita o de cualquiera de las innumerables representaciones existentes, no es posible dar una respuesta sencilla a esta pregunta, y justo así lo revela y explora este libro.

Durante gran parte de la historia de la humanidad, casi todo el mundo creyó ciegamente en la realidad de la brujería (aunque, eso sí, lo que entendían por ella es hoy muy discutible) e, incluso en el momento presente, un buen número de personas aún mantiene intacta su convicción. Muchas albergan una creencia en el poder de los pensamientos o sentimientos malignos para obrar el mal por medios ocultos, mientras que otras confían en que existen poderes sobrenaturales capaces de actuar a través de agentes humanos o en colaboración con ellos. Hay quienes creen en una conspiración con fines oscuros, incluso satánicos, mientras que otra gente se mantiene adherida a una visión más suave y benigna, fiel continuadora de las formas y los dogmas tradicionales en torno a la curación, la adivinación y la influencia sobre los caprichos de la fortuna.

Al lado: En *El hada Morgana*, de Frederick Sandys, 1864, se ve a la legendaria bruja encantando una túnica mágica.



Por otro lado, están también quienes defienden a capa y espada la eficacia de los rituales y de todas esas prácticas que siguen un sistema de brujería como la wicca o el obeah. Para todos estos individuos, la brujería es real, y las brujas, por tanto, también pueden serlo. Sin embargo, para este libro, las brujas no son sino una construcción social y cultural que refleja creencias y ansiedades, tradiciones y esperanzas, que podrían y pueden desempeñar una «función» sociocultural, pero que no deben entenderse como una realidad literal. En su obra de 1584 *The Discoverie of Witchcraft*, una recopilación enciclopédica de todo lo conocido y escrito sobre la brujería, cuyo fin era el de desenmascararla y tacharla de locura, Reginald Scot (alrededor de 1538-1599) escribió: «Mi pregunta no es [...] si existen brujas o no». Aceptaba, persuadido, que había personas llamadas brujas, ya fuera por ellas mismas o por otros, «unas por imputación, al ser consideradas así por otros (y éstas son víctimas de abuso, no abusadoras), y otras por aceptación, pues están dispuestas a ser consideradas como tales». Como síntesis concisa del estatus ontológico de la bruja, esto sigue siendo válido, y, en este libro, hablar de una bruja que hace algo, o de una brujería que produce algún efecto, debe entenderse como una afirmación sobre creencias, entendimientos o tradiciones, no como un hecho.

Así, en el capítulo 1 nos centraremos en cuestiones y debates como estos, y profundizaremos en el significado y los usos del término *brujería*, además de aproximarnos a temas y principios importantes relacionados con la magia. El capítulo 2 ofrece un recorrido vertiginoso por la historia de la brujería, y se centra de manera especial en la tradición occidental tal y como se desarrolló en Europa y, después, en América. Los capítulos 3 y 4 examinan los detalles de la brujería, incluyéndose aquí prácticas importantes y elementos icónicos, desde los familiares hasta las escobas, pasando por los círculos mágicos y las piedras de bruja. Por su parte, el capítulo 5 entra a

destacar algunas de las muchas encarnaciones diferentes de la bruja en todo el mundo y, dando un paso más, osa analizar la brujería en otras culturas. El capítulo 6 acerca la historia hasta la era moderna, y se detiene en la creación y la práctica de la wicca, una versión del siglo xx de la magia de las brujas, mientras que el capítulo 7 se adentra en la caza de brujas, en el sentido cultural, y se centra en algunas de las manifestaciones literarias y artísticas más interesantes de hechiceras y nigromantes. A lo largo de estas páginas, la intención es desentrañar en cierta medida la naturaleza significativa y con frecuencia problemática de las creencias, tradiciones e historias sobre la brujería, y, a través de las cambiantes y múltiples construcciones de la bruja, revelar más sobre quienes las construyen.

Página siguiente: *Átropos (o Las Parcas)*, de Francisco de Goya, hacia 1820; una de sus *Pinturas negras*. En ella no se representan brujas técnicamente, pero sus abominables viejas voladoras están de un modo palmario inspiradas en el mismo motivo.







Capítulo I



Brujas, hechiceras y mujeres sabias



Temas y principios de la brujería

La palabra *bruja* es tan sólo uno de los innumerables nombres que se les dan a quienes practican la magia. En concreto, se solapa con otros términos como *hechicera* y *maga*, y, de hecho, durante gran parte de su historia no ha existido una distinción nítida entre estos apelativos. Una de las pocas diferenciaciones evidentes ha sido la que existe entre *bruja* y *warlock*, un término de origen anglosajón que se emplea para referirse a un practicante masculino de la brujería, dicho de otro modo, la contraparte malvada de la bruja, pero, incluso en este caso, los límites de las categorías son confusos, ya que la etiqueta *bruja* en español siempre ha abarcado tanto a figuras masculinas como femeninas. La finalidad de este primer capítulo es desentrañar algunos aspectos de la brujería o, quizá, más exactamente, explorar algunas de las dimensiones, las polaridades y los principios subyacentes del contexto mágico en el que se sitúa la bruja. En particular, aquí examinaremos, por un lado, si una bruja se define por la práctica o por la practicante, y, por otro, el espectro de la brujería desde lo oscuro hasta lo luminoso y los tipos de trabajos que se creía que realizaban las brujas.

Aunque todas estas cuestiones pueden parecer meras reliquias de un pasado remoto, las creencias folclóricas al respecto persistieron hasta bien entrados los tiempos modernos. Así, la historiadora Doris Jones-Baker, en su recopilación de 1977 *The Folklore of Hertfordshire* (un condado a las afueras de Londres, no un rincón remoto del país), señala que «[incluso ahora], tampoco se puede averiguar el nombre de la última bruja de muchos pueblos, pues la respuesta sincera de quienes se atreven a hablar de este tema prohibido es que “aún no ha llegado el momento”». Y dado el resurgimiento del interés por la brujería como práctica espiritual alternativa, hoy es más importante que nunca comprender la estructura básica del concepto de *bruja*.



Arriba: Interpretación que Arthur Rackham hizo en 1909 de *Las hermanas extrañas*, de Shakespeare, las tres brujas que se le aparecen a Macbeth y a su compañero Banquo en la escena inicial de la obra.

¿Qué es una bruja?



La definición más sencilla, pero indudablemente circular, de una bruja es ‘aquella que practica la brujería’. Para los anglohablantes, las palabras del inglés antiguo *wicce* (femenina) o *wicca* (masculina), de las que deriva el término moderno *witch*, designaban a «la persona que lanza hechizos». En otras palabras, salta a la vista que es la práctica la que define a una bruja. Aun así, la brujería no es un concepto sencillo, y tampoco lo es la definición o el significado de *bruja*. Por ejemplo, los términos del Antiguo Testamento que se traducen como *bruja* (véase la página 40) suelen referirse a cualquier persona que participara en prácticas rituales o culturales y que no fuera ni levita ni sacerdote del templo de Salomón. Así, se hace evidente que, en la Biblia, no era la práctica la que definía a la bruja, sino quien la ejercía.

Semejantes tensiones son las que tienden a caracterizar cualquier debate sobre las brujas y la brujería: entre lo maléfico y lo benigno, lo negro y lo blanco, lo innato y lo adquirido, lo satánico y lo pagano, lo masculino y lo femenino. Tal vez lo mejor que se puede decir es que el término *bruja*, tanto históricamente como en la actualidad, describe una constelación de características, prácticas, tropos y temas, en constante evolución, única para cada individuo, pero que abarca arquetipos comunes y creencias y concepciones populares muy extendidas. Así, una bruja puede ser hombre o mujer, pero acostumbra a sobreentenderse que es mujer; puede ser sabia, sanadora y benéfica, pero, por norma, se da por sentado que es maligna; puede encarnar el poder natural, pero tiende a pensarse que es sobrenatural; puede relacionarse con la naturaleza o con las diosas madres, pero durante mucho tiempo se consideró que



Arriba: ¿Acaso la protagonista de la obra de John William Waterhouse titulada *La bola de cristal*, de 1902, podría ser una bruja, una filósofa o simplemente una persona curiosa?

era demoníaca o satánica. Al margen, la bruja también puede abarcar una gran diversidad de roles: sabia, curandera, adivina, hechicera, nigromante, maestra, elaboradora de pociones, sacerdotisa, súcubo y chamana.

Uso y abuso



Aunque las brujas no son reales, llevan existiendo desde los albores de la humanidad, dado que cumplen múltiples funciones. De hecho, podríamos decir que el uso del término *bruja* y las acusaciones de brujería siempre han tenido un marcado carácter instrumental. El miedo a la brujería suele reflejar ansiedad social, que puede tener numerosas y complejas raíces: la escasez de recursos, el conflicto de clases, el cambio económico y social, los forasteros y lo desconocido. Además, y en concreto, la bruja ha sido con frecuencia el foco de las inquietudes patriarcales sobre la autonomía femenina, el poder, la sexualidad y el envejecimiento.

En la Europa medieval tardía, estas ansiedades se materializaron de una forma muy particular. Dicha forma combinaba a las brujas de la antigua Roma, quienes habían consolidado el arquetipo de la bruja como una vieja macabra que saqueaba tumbas (véase la página 20), con el folclore centroeuropeo relacionado con la figura de Pechta, también conocida como Bertha o Befuna, una personificación del invierno en el cuerpo de una anciana. Este modelo evolutivo de *arpía* se asoció entonces a la figura identificada por las autoridades medievales como la mayor amenaza interna para la cristiandad: la hereje. El término *bruja* se convirtió así en una acusación cargada de significados negativos: esterilidad, fealdad, vejez, deformidad y exilio de la comunidad de almas cristianas.

En la Edad Moderna, el estereotipo se empleó como arma para dar lugar a los juicios de brujas (véase la página 44), y *bruja* se afianzó como el término por excelencia para las fém-



Arriba: La obra de Francisco de Goya *Vuelo de brujas*, de hacia 1798, representa a unas brujas malvadas llevándose en volandas a una víctima desdichada.

nas que de algún modo no se ajustaban a las normas. No fue hasta el siglo xx y el desarrollo de nuevos movimientos religiosos como la wicca (véase la página 118) cuando la palabra *bruja* comenzó a reutilizarse con fines subversivos.

Blanco y negro



Una distinción clave en la brujería es la que se establece entre lo maligno y lo benéfico, o lo que, en términos generales, podría denominarse «brujería negra» y «brujería blanca». La primera categoría ha sido durante largo tiempo la clasificación por defecto de las brujas, ya se tratara de los demonios de la antigua Roma, de los brujos anglosajones (de los *waer-loga*, que significa algo así como ‘quien rompe juramentos’), de los herejes medievales, de los primeros devotos satánicos de la Edad Moderna o simplemente de los mezquinos propagadores del mal de ojo, tal y como aparecen en las tradiciones populares de todas las épocas. No obstante, la creencia en las brujas y en la brujería supone una fe más amplia en el poder de la magia y, por lo tanto, en el potencial de ayuda y protección mágicas por parte de quienes poseen conocimientos o artes especiales.

En la tradición inglesa, las *brujas blancas* también eran conocidas como hombres o mujeres de ingente sabiduría. En esta línea, en un escrito de 1584, Reginald Scot (c. 1537-1559) señalaba que «hoy en día, en lengua inglesa es indiferente decir “ella es una bruja” o “ella es una mujer sabia”». Otros términos de uso común eran *bendecidoras* y *sanadoras*, *curanderas* o *sabias rurales*. Todavía en 1807, el poeta Robert Southey (1774-1843) apuntaba a que «cerca de cada localidad hay siempre un hombre o una mujer sanadores, que es el nombre que reciben, y, aunque ocasionalmente se aplican las leyes contra ellos, el suyo continúa siendo un oficio lucrativo».

Por aquellos siglos se sobreponían notablemente estas categorías y los oficios y las artesanías especializadas de entonces, como en el caso del herborista y la partera. Antaño se



Arriba: Reproducción de un grabado en madera (1885) en el que se representa al joven Weisskunig (el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Maximiliano I, 1459-1519, conocido como Rey Blanco) recibiendo instrucción en las artes oscuras, en presencia de una bruja con su demonio y un monje con su ángel.

consideraba que las mujeres que estaban de parto y los recién nacidos eran muy vulnerables a influencias malignas como la brujería y el mal de ojo, por lo que las prácticas apotropaicas sí o sí debían formar parte del arsenal de muchas parteras.

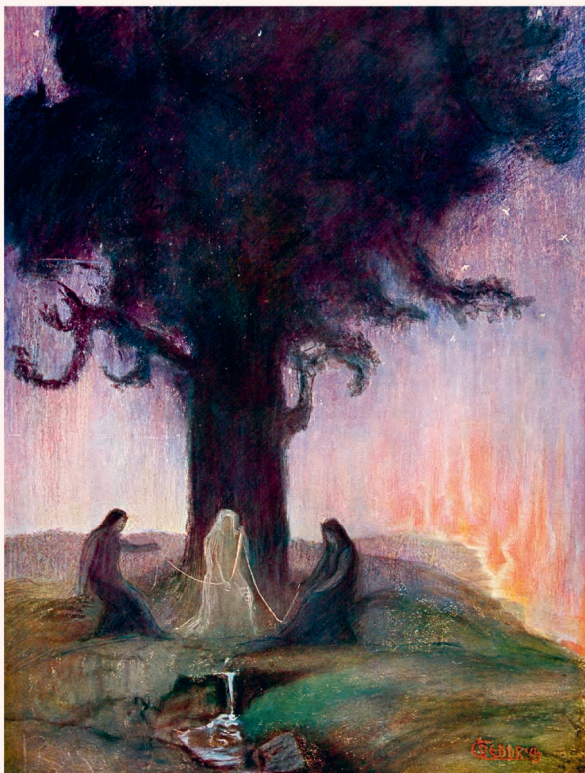
Los principios de la magia



Se cree que la magia, incluida la brujería, sigue ciertos principios, leyes y procesos, y que estos explican gran parte de lo que se entiende o se cree sobre las brujas. Cosas parecidas pueden tener efectos ocultos unas sobre otras porque «lo similar produce lo similar». De este modo, se podría provocar fiebre en una víctima lanzando un hechizo sobre el fuego. Al margen, la influencia oculta también puede propagarse por contagio: es decir, a través del contacto o la asociación. Así, poseer un mechón de pelo de alguien otorgaba poder sobre esa persona, al igual que una hoja podía tratarse para mitigar los efectos de una herida que hubiera causado.

El fundamento del bien limitado sostiene que la buena y la mala suerte siguen un principio de suma cero: por ejemplo, sólo existe una cantidad limitada de riqueza o buena suerte para repartir, por lo que, si tu vecino tiene un exceso, se deduce que te ha quitado una parte de la tuya. De esta manera, los granjeros con ganado especialmente productivo, entre otros, podrían ser sospechosos de haber «robado» a sus vecinos mediante prácticas de brujería.

La liminalidad (el poder y el efecto de las fronteras y los umbrales) tiene una importancia oculta, sobre todo en el caso del círculo mágico (véase la página 78). Pasar alrededor o a través de umbrales, bien sean reales o simbólicos, es imprescindible en muchos ritos y hechizos. Sin ir más lejos, en Suecia existía una especie de brujería popular para curar la escrófula que consistía en hacer pasar a los niños a través de un *smojtra*, un aro formado por ramas entrelazadas. Los espacios liminales, como los cruces de caminos, los cementerios y las masas



Arriba: *Las Nornas*, 1906, de artista desconocido. Según la leyenda nórdica, eran tanto las tejedoras del destino como el origen de las runas.

de agua, eran lugares habituales de actividad brujesca, mientras que los individuos liminales, como los judíos, los romaníes o los nómadas (como los saami del norte de Escandinavia), se asociaban comúnmente con la brujería.

Tipos de magia



La brujería abarca muchos aspectos dispares y a veces contradictorios de la práctica mágica. La brujería maligna implica maldiciones (hechizos, oraciones o deseos que invocan daño sobre alguien o algo) y el mal de ojo (una influencia nefasta y vagamente definida que trae mala suerte o daño, transmitida casi siempre, aunque no de manera obligatoria, a través del poder de la mirada o la vista). Sin embargo, la otra cara de la moneda es que tal vez la manifestación más común de la brujería a lo largo de la historia ha sido la que se conoce como magia apotropaica, es decir, aquélla que aleja o protege. Esto puede adoptar la forma de desencantamientos y magia activa, pero suele involucrar amuletos, marcas y prácticas sencillas, desde colgar herraduras sobre una puerta hasta vestir a los niños pequeños como niñas.

Por su parte, los antiguos griegos conocían a las brujas como «elaboradoras de pociones» (véase la página 40), y éste es otro aspecto importante de la brujería, que abarca el conocimiento y el uso de hierbas y otras sustancias activas, la elaboración de pociones, ungüentos, pomadas y filtros, y la preparación, administración y neutralización de venenos. Entre las prácticas relacionadas se incluyen la curación y la magia «amorosa» (o de lujuria). Asimismo, la magia también se invocaba para atraer la buena fortuna y la riqueza, y existía una subcategoría específica dedicada a la magia de la búsqueda de tesoros.

Otras categorías de magia incluyen la adivinación (véase la página 28) y la nigromancia, entendida como el arte de comunicarse con los espíritus de los muertos y evocarlos. De igual modo, las brujas podían relacionarse con otros tipos de seres



Arriba: *La pesadilla*, de Henry Fuseli, 1781, muestra a una doncella dormida atormentada por un íncubo y otras fuerzas sobrenaturales.

Al dorso: La extraordinaria obra *La adivina*, de George de la Tour, hacia 1630, no es, en sentido estricto, una representación de brujas, pero sus gitanas encarnan estereotipos relacionados con la brujería.

sobrenaturales, como demonios, diablillos, súcubos e íncubos (demonios del folclore que practicaban el vampirismo sexual), hadas y animales. Comúnmente también se creía que las brujas practicaban formas de magia como el control de los elementos, la transformación corporal, los viajes mágicos y la posesión (véase la página 59).



Gebekenheit linculla. linculla.



La adivinación

Adivinar significa predecir el futuro. Como función cognitiva, es una de las características definitorias de la inteligencia humana; como práctica oculta, es, muy probablemente, tan antigua como la propia humanidad. Existen varias distinciones importantes que hay que tener en cuenta. La adivinación propiamente dicha es, en su esencia, pasiva y observacional, y busca determinar acontecimientos o intenciones futuros, mientras que la mayor parte de la magia es activa e intervencionista, y persigue cambiar el futuro. Por otro lado, la profecía suele implicar una adivinación de inspiración religiosa o espiritual, mientras que predecir el futuro mediante medios ocultos se conoce técnicamente como la facultad del vaticinio. Son dos las divisiones principales de la adivinación: la «natural», que se basa en la observación del mundo (por ejemplo, el vuelo de las aves o los movimientos de los cuerpos celestes), y la inductiva o «artificial», que emplea medios especiales como rituales mágicos, espejos de adivinación o cartas del tarot, por ejemplo. Sin embargo, el antiguo erudito romano Cicerón (106-43 a. C.) veía esta división de otra manera: la adivinación natural era aquella que se manifestaba en sueños y visiones, y la artificial, aquella que requería artificios, como la interpretación de las entrañas de animales o la selección de pasajes aleatorios de libros. En este caso, cabría decir que las brujas tan sólo practican la adivinación artificial.

Al lado: Gráfico tibetano para determinar el momento propicio para un tratamiento médico, el cual incorpora una rueda de geomancia china junto con correspondencias mágicas budistas.

Top border containing horizontal rows of Devanagari script.



Bottom border containing horizontal rows of Devanagari script.

¿Es la adivinación brujería?

A lo largo de la historia, ha existido una diferencia entre la adivinación oficialmente autorizada, por costumbre reservada a los sacerdotes, y la no autorizada, que, por lo tanto, podría denominarse «brujería». Sin embargo, las prácticas populares son tan omnipresentes que es difícil estigmatizarlas de esta manera. Un ejemplo entre los muchos recopilados por el folclorista Sidney Addy en su obra *Household Tales With Other Traditional Remains* (1895) reza así: «Para saber si tu marido tendrá el pelo claro u oscuro, toma un cuchillo de mesa con mango blanco y hazlo girar sobre un tablero. Si se detiene con la hoja hacia ti, tu marido será un hombre de pelo oscuro; si lo que te apunta es el mango, será un hombre de pelo claro». Vista así, la adivinación se convierte, por tanto, en la más democrática y extendida de todas las actividades relacionadas con la brujería.

Diversas formas de *-mancia*

Existe una abrumadora variedad de artes adivinatorias, muchas de ellas conocidas por nombres derivados de la raíz griega *manteia*, que significa ‘profecía’ o ‘adivinación’. Entre ellas se incluyen la *nigromancia*, el arte de invocar a los muertos y hacer que pronostiquen el futuro; la *quiromancia*, el arte de determinar el destino a partir de las líneas de la mano o la frente de una persona, muy extendida en el judaísmo antiguo; la *oneiromancia*, el arte de interpretar los sueños para predecir el futuro, y la *gastromancia*, un peculiar arte de la antigua Grecia que consistía en interpretar los ruidos del estómago como presagios y que se relacionaba con la clase de oráculos conocidos como *engastrimanteis* o *ventrílocuos* (literalmente, ‘habladores del vientre’).

También está la *geomancia*, un término que sugiere la interpretación de las formas de la tierra o del paisaje con fines adivinatorios, y que se ha utilizado a menudo para describir artes chinas cuasimágicas como el *feng shui*. En la tradición



Arriba: Carta del tarot en la que se representa a la Muerte (detalle), hacia la década de 1490. La cartomancia es una de las formas más populares de adivinación.

islámica, sin embargo, la geomancia consiste en el arte de dibujar diagramas intrincados que luego se interpretan para la adivinación con respecto a cuestiones como el resultado de un embarazo o la ubicación de objetos perdidos.



Capítulo II



La historia de la brujería occidental

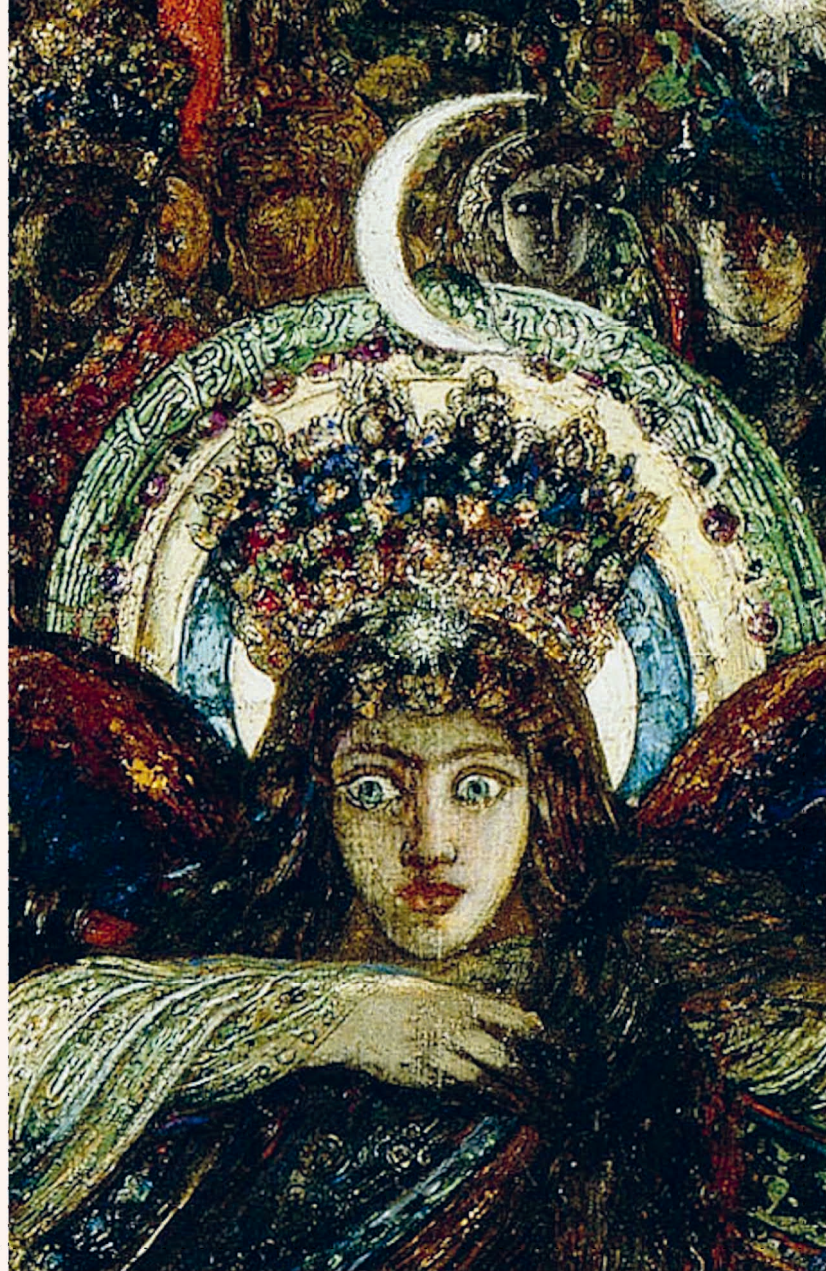


De los chamanes a las hechiceras

La historia de la brujería ha dado lugar a un vasto corpus de investigación y literatura, y este capítulo ofrece una serie de perspectivas sobre algunos de los episodios más significativos de dicha historia. La narrativa general observa una evolución del concepto desde antecedentes tal vez universales, pasando por variantes culturales que compartían temas y rasgos comunes con las brujas de otras partes del mundo, hasta un concepto muy específicamente europeo y cristiano. A lo largo del camino, la bruja se transformó y pasó de ser una figura culturalmente heterogénea y ambivalente, difícil de separar de otros actores sobrenaturales como dioses, héroes culturales y personajes legendarios, a una invención circunscrita a su cultura, muy bien definida y, por encima de todo, instrumental. Las ansiedades, preocupaciones y creencias de los cristianos europeos contribuyeron a crear una bruja que encarnaba sus fantasías más oscuras y sus peores pesadillas: eran agentes de una conspiración satánica, una imagen que daría oscuros frutos en forma de juicios por brujería.

Mas la historia de la brujería es un tapiz con muchos hilos. De ahí que, en paralelo a la sombría narrativa del pánico fanático y misógino hacia las brujas, exista una tradición popular de la magia en la vida cotidiana, una tradición que se remonta a los albores de la humanidad y se extiende hasta nuestros días. Este hilo también es visible a través de estas ventanas a la historia de la brujería.

Al lado: Representación de Gustave Moreau de la diosa griega Hécate, vinculada a la brujería, la hechicería y la magia, en *Júpiter y Semele* (detalle), hacia 1895.





Chamanismo prehistórico



Las raíces de la brujería son profundas, aunque gran parte de lo que se ha escrito y se cree popularmente sobre dichas raíces es, en el mejor de los casos, dudoso. Por ejemplo, esa creencia común de que la brujería era la religión prehistórica original, basada en ritos de fertilidad y el culto a las diosas, se considera ahora una construcción de principios del siglo xx a partir de estudios poco sólidos (véase la página 50). No obstante, es más que probable que las brujas hayan existido desde que la gente cree en la magia.

La antropología de las sociedades premodernas revela tradiciones conocidas hoy como chamanismo, procedente de una palabra en la lengua evenki de Siberia que significa «el que sabe». Los chamanes presentan la mayoría de las características que más tarde se atribuyeron a las brujas. Son hombres o mujeres con vínculos especiales con los reinos de los muertos y los espíritus: pueden mediar con los espíritus y ser poseídos por ellos; emprenden viajes sobrenaturales y, a menudo, pueden hablar con los animales o incluso transformarse en ellos.

La arqueología ofrece pruebas de la existencia de chamanes prehistóricos, entre ellas la pintura rupestre conocida como *El hechicero* de la cueva de Trois-Frères, en Francia (en torno al año 12 000 a. C.), o el dios con cuernos Cernunnos, representado en el caldero de Gundestrop, hallado en Dinamarca, si bien es bastante posible que se creara en la Tracia de la Edad del Hierro (una región tradicionalmente asociada con las brujas).

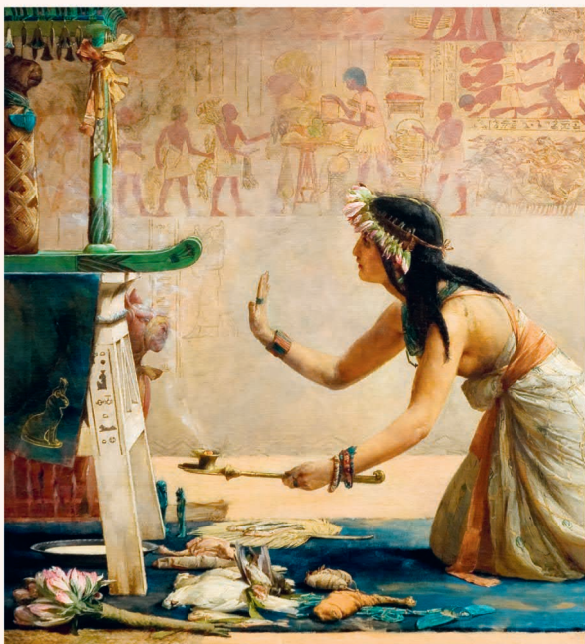
Al lado: El caldero de Gundestrop (detalle), del siglo I a. C. aproximadamente, representa al dios con cuernos Cernunnos, al que algunos consideran un chamán.

Las brujas antiguas



La brujería tiene una fuerte presencia en la antigua cultura mesopotámica. Un tesoro de hechizos, amuletos, remedios y cuentos populares que han sobrevivido revela detalles de la magia practicada por brujos (*kaššapu*) y brujas (*kaššaptu*), o hechiceros (*maš-maš*), quienes solían emplear figurillas mágicas. Concretamente, éstas debían neutralizarse mediante un *Maqlû* o ritual de quema, acompañado de un conjuro dirigido a «los dioses de la noche..., la novia velada..., el crepúsculo, la medianoche y el amanecer». Las brujas podían maldecir a cualquiera contaminando su comida o su agua. Según un texto del primer milenio antes de Cristo, «si alguien presenta dolores entre los hombros y le sangran los dientes, padece una enfermedad pulmonar y le han suministrado una bebida encantada». Los desencantamientos contra las brujas también podían incluir figurillas, junto con amuletos y placas con inscripciones, acompañados de conjuros como «puesto que ella me ha hecho mal y ha inventado acusaciones infundadas contra mí, que ella muera, y yo siga viviendo».

Por el contrario, en el antiguo Egipto, aunque las personas pudieran verse afectadas por el poder del mal de ojo, existen pocas pruebas de la existencia de una clase específica de brujas. La magia constituía un elemento central de la religión, particularmente vinculada a la alfabetización y, sobre todo, a los sacerdotes lectores, que leían textos mágicos. Se decía que estos hombres tenían el poder de dar vida a animales de cera o hacer retroceder las aguas de un lago. Por aquel entonces, la magia era esencial para los preparativos funerarios, y apenas se distinguía entre hechizos y oraciones



Arriba: La obra de John Weguelin *Las exequias de un gato egipcio*, de 1886, representa a una sacerdotisa celebrando una antigua ceremonia funeraria egipcia para un gato momificado.

para los muertos. Los amuletos eran omnipresentes en la vida egipcia en todos los niveles de la sociedad, y se recurría a ellos de manera especial para protegerse contra el mal de ojo.